

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LIV, número 34 (2.782)

Ciudad del Vaticano

26 de agosto de 2022

Los inocentes pagan la locura de la guerra



El Papa en la catequesis pide iniciativas concretas para la paz (página 8)

El trágico balance de seis meses de guerra en el corazón de Europa y las razones de la paz

Esas semillas de esperanza en medio de la destrucción y la muerte

ANDREA TORNIELLI

“¡Los inocentes pagan la guerra, los inocentes!”. La del Papa Francisco parece ser la voz de quien clama en el desierto, seis meses después del inicio de la insensata y horrible agresión en Ucrania: destrucción, muerte y el espectro del conflicto nuclear. “Pienso -dijo el Pontífice al final de la audiencia general, recordando la responsabilidad de todos- en tanta crueldad con tantos inocentes que están pagando la locura, la locura de todos los partidos, porque la guerra es una locura y nadie en la guerra puede decir: ‘No, no estoy loco’”.

No podemos acostumbrarnos a lo que está sucediendo, después de meses de imágenes impactantes de la muerte y la destrucción causadas por el armamento moderno y el altísimo precio en términos de vidas humanas inocentes sacrificadas, familias aniquiladas, hogares y negocios destruidos, barrios arrasados. La voz de Pedro nunca ha dejado de expresar su solidaridad con los agraviados y con todos los que sufren las consecuencias de la guerra, pero también de instar a los dirigentes de las distintas naciones implicadas a buscar una solución negociada.

El balance de este conflicto de medio año entre dos naciones en el corazón de Europa es trágico. Las fosas comunes, los niños muertos y heridos, las madres ucranianas y rusas que lloran a sus hijos de corta edad muertos en el frente, los millones de desplazados, el riesgo de hambruna y la devastación del medioambiente dan fe de la impotencia de los jefes de Estado y de las organizaciones internacionales y de la incapacidad de aplicar -con valentía y creatividad- lo que el Papa llama el “esquema de la paz”. Muchos, demasiados, siguen de hecho razonando según el “esquema de la guerra” y consideran como única respuesta viable el fortalecimiento de las viejas alianzas militares y la loca carrera del rearme. El mundo, ya marcado por tantas guerras que componen los “pedazos” de esa Tercera Guerra Mundial de la que Francisco ha hablado tantas veces, se sumerge de nuevo en una nueva Guerra Fría. Por no hablar de las graves consecuencias, económicas y de abastecimiento energético, que se esperan a corto y medio plazo para muchos países.

¿Es posible discernir signos de esperanza en este panorama de devastación? Sí, es posible. Una semilla de esperanza es la generosidad con la que tantas personas han abierto sus puertas a los refugiados ucranianos, han llevado personalmente ayuda, se han implicado en iniciativas humanitarias sin dejarse vencer por la “globalización de la indiferencia”. Otra semilla de esperanza son las organizaciones, asociaciones y grupos que han emprendido acciones e iniciativas por la paz, por el diálogo, por la negociación, asumiendo riesgos personales al visitar la Ucrania devastada por la guerra. Semilla de esperanza es la creciente conciencia, extendida entre la población más que entre sus dirigentes y líderes políticos, de la urgente necesidad de detener la matanza mediante la tregua y la negociación.

Porque si se sigue respondiendo a la aparición de nuevos conflictos sobre la base de viejos patrones en lugar de atreverse a intentar construir una nueva convivencia internacional, el destino de la humanidad corre el riesgo de quedar desgraciadamente sellado. Finalmente, hay una semilla de esperanza que para el creyente es la primera y más importante. Los que creen saben que las guerras comienzan en el corazón del hombre, que Dios interviene en la historia y que la oración -sobre todo la de los humildes, los sencillos, los que sufren- puede influir y cambiar los destinos de la humanidad.

Cartas del director

Invencible

ANDREA MONDA

Hace unos días mi mujer y yo fuimos a Siena y después de ser bombardeados por la belleza de la ciudad, por la noche, gracias a la invitación del arzobispo Paolo Lojudec, sufrimos el “bombardeo” de otro tipo de belleza. Don Paolo nos llevó a Arbia, a pocos kilómetros de Siena, a un centro de acogida para familias. Lo dirigen María y Paolo, que, con buenos modales y un gran corazón, se dan cuenta de ese bien oculto que hace que el mundo entero florezca y progrese, porque, como adivinó Tolkien, “lo que es realmente importante está siempre oculto a los contemporáneos, y las semillas de lo que ha de ser germinado silenciosamente en la oscuridad en algún rincón olvidado”.

En este rincón olvidado de la campiña sienesa, conocimos a cinco familias de refugiados, emigrantes, marginados, los últimos de la sociedad, de los que alguien, normalmente el “penúltimo”, se ocupa. Y ahí volvimos a ver, porque todo el mundo lo ha “visto”, al pequeño Mustafá. Es el niño sirio de seis años que, sin brazos ni piernas a causa de las bombas de fósforo utilizadas en esa guerra olvidada y aún dramáticamente en curso, fue inmortalizado mientras era levantado por su padre (también sin una pierna a causa de la explosión de una bomba “normal”) en esa foto que dio la vuelta al mundo hace unos meses y que se convirtió rápidamente en “la foto del año”.

Una cosa es verlo en una fotografía y otra muy distinta conocerlo, Mustafá. Cuando llegamos estaba concentrado en jugar a un videojuego en una tablet: con su “dedo” hacía clic y ganaba.

Nos miró y, riendo, exclamó en perfecto italiano: “¡Ciao a tutti!”. Mustafá se ríe a menudo y nunca se queda quieto. Le vimos subir y bajar las escaleras (aún no entiendo cómo, pero su cuerpo es, en efecto, un potente manojito de músculos), montar en un monopatín y lanzarse a gran velocidad de un lado a otro de la habitación lleno de alegría; le vimos, o mejor dicho, mi mujer le vio (las mujeres tienen miradas más atentas) mecer la cuna de su hermanita, que nació hace apenas un mes: la llamaron María, como la responsable de la casa.

Regresamos a casa felizmente sacudidos por toda esta vitalidad, de alguna manera “cuestionados”.

Me acordé de ese hermoso libro, *Blanco sobre negro*, de Rubén Gallego, un escritor chileno nacido más o menos en la condición de Mustafá pero que en su relato quiere escribir sobre “la fuerza que hay en cada uno de nosotros. De la fuerza que supera cualquier barrera y vence” porque, añade: “Estoy convencido de que en la balanza de la humanidad, la alegría de un niño por un juguete nuevo vale mucho más que cualquier victoria militar. Este libro trata de mi infancia. Atroz, terrible, pero que infancia sigue siendo. Para seguir amando el mundo, para crecer y convertirse en adulto, un niño necesita muy poco: un trozo de manteca, un bocadillo de salami, un puñado de dátiles, el cielo azul, un par de libros y una palabra cariñosa. Eso es suficiente. Ya es suficiente”. Rubén con su libro y Mustafá con su sonrisa escriben “blanco sobre negro”, hacen que la luz gane a la oscuridad.

Los versos escritos en 1954 por Albert Camus no necesitan palabras de comentario, salvo para



subrayar que lo que importa aquí son las dos primeras palabras del poema, todo empieza ahí:

Querida mía:

En medio del odio, me pareció que había dentro de mí, un amor invencible.
En medio de las lágrimas, me pareció que había dentro de mí una sonrisa invencible.
En medio del caos, me pareció que había dentro de mí, una calma invencible.
Me di cuenta a pesar de todo, que en medio del invierno había dentro de mí un verano invencible, y eso me hace feliz...

Porque no importa lo duro que el mundo empuje en mi contra, dentro de mí hay algo mejor empujando de vuelta.

Vieje del Sustrato de la secretaria de Estado a la República Dominicana

Intervenciones de Mons. Peña Parra

PÁGINAS 4-6



En el Ángelus el Papa expresa su preocupación y dolor por la situación del país

Para la convivencia pacífica en Nicaragua, el camino del diálogo

“Preocupación y dolor” por “la situación en Nicaragua” expresó el Papa al final del Ángelus rezado al mediodía del domingo 21 de agosto, en la Plaza de San Pedro. “Quiero expresar”, dijo, “mi convicción y mi esperanza de que, a través de un diálogo abierto y sincero, se puedan seguir encontrando las bases de una convivencia respetuosa y pacífica”. Anteriormente, Francisco había comentado el pasaje litúrgico del Evangelio de Lucas (13,22-30), recordando que la “puerta estrecha” de la que habla Jesús no está “destinada sólo a los elegidos o a los perfectos”, sino que está “abierta a todos” y se mide por la capacidad de “comprometer la vida en el amor, el servicio y la entrega”.

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

En el pasaje evangélico de Lucas de la liturgia de este domingo, una de esas personas pregunta a Jesús: “¿Son pocos los que se salvan?” Y el Señor responde: “Luchad por entrar por la puerta estrecha” (Lc 13,24). La puerta estrecha es una imagen que podría asustarnos, como si la salvación estuviera destinada sólo a unos pocos elegidos o a los perfectos. Pero esto contradice lo que Jesús nos enseñó en muchas ocasiones; de hecho, un poco más adelante, dice: “Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el Reino de Dios” (v. 29). Así pues, esta puerta es estrecha, pero está abierta para todos. No olviden esto: ¡a todos! La puerta está abierta para todos.

Pero para entender mejor esta puerta estrecha, hay que preguntarse qué es. Jesús extrae la imagen de la vida de la época y probablemente se refiere al hecho de que, al caer la tarde, las puertas de la ciudad estaban cerradas y sólo una, más pequeña y estrecha, permanecía abierta: para volver a casa sólo se podía pasar por allí.

Pensemos, pues, en lo que dice Jesús: “Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto” (Jn 10, 9). Quiere decirnos que para entrar en la vida de Dios, en la salvación, hay que pasar por Él, no por otro, de Él; acogerlo a Él y a su Palabra. Así como para entrar en la ciudad había que “medirse” con la única puerta estrecha que quedaba abierta, la del cristiano es una vida “a la medida de Cristo”, fundada y modelada en Él. Significa que la vara de medir es Jesús y su Evangelio; no lo que nosotros pensamos, sino lo que Él nos dice. Y por eso es una puerta estrecha no porque esté destinada a unos pocos, no, sino porque ser de Jesús significa seguirle, comprometer la vida al amor, al servicio y a la entrega como hizo Él, que pasó por la puerta estrecha de la cruz. Entrar en el proyecto de vida que Dios nos propone nos pide estrechar el espacio del egoísmo, reducir la presunción de autosuficiencia, rebajar las alturas del orgullo y la arrogancia, y superar la pereza para atravesar

el riesgo del amor, incluso cuando implica la cruz.

Pensemos, para ser concretos, en los gestos cotidianos de amor que realizamos con esfuerzo: pensemos en los padres que se dedican a sus hijos haciendo sacrificios y renunciando a tiempo para sí mismos; en los que se ocupan de los demás y no sólo de sus propios intereses: Cuántas personas son así, buenas; pensemos en los que se dedican al servicio de los ancianos, de los más pobres y de los más frágiles; pensemos en los que siguen trabajando con empeño, soportando dificultades y quizás incomprendidos; pensemos en los que sufren por su fe, pero siguen rezando y amando; pensemos en los que, en lugar de seguir sus instintos, responden al mal con el bien, encuentran la fuerza para perdonar y el valor para volver a empezar. Estos son sólo algunos ejemplos de personas que no eligen la puerta ancha de su propia comodidad, sino la puerta estrecha de Jesús, de una vida gastada en el amor. Estos, dice hoy el Señor, serán reconocidos por el Padre mucho más que los que se creen ya salvados y, en realidad, en vida son “agentes de injusticia” (Lc 13,27).

Hermanos y hermanas, ¿de qué lado queremos estar? ¿Preferimos el camino fácil de pensar sólo en nosotros mismos o elegimos la puerta estrecha del Evangelio, que desafía nuestro egoísmo pero nos hace capaces de acoger la verdadera vida que viene de Dios y nos hace felices? ¿De qué lado estamos? Que la Virgen, que siguió a Jesús hasta la cruz, nos ayude a medir nuestra vida con Él, para entrar en la vida plena y eterna.

Al finalizar la oración mariana, tras lanzar el llamamiento a la paz para Nicaragua, Francisco saludó a los grupos presentes y renovó su oración “por el querido pueblo ucraniano, que vive una inmensa crueldad”.

Queridos hermanos y hermanas:

Sigo de cerca, con preocupación y dolor, la situación en Nicaragua, que involucra a personas e instituciones. Quisiera expresar mi convicción y mi esperanza de que, a través de un diálogo abierto y sincero, se puedan seguir encontrando las bases para una coexistencia respetuosa y pacífica. Pidamos al Señor, por intercesión de la Purísima, que inspire en los corazones de todos una voluntad tan concreta.

Hermanos y hermanas, os saludo a todos, romanos y peregrinos de varios países: familias, grupos parroquiales, asociaciones. En particular, saludo a la comunidad del Pontificio Colegio Norteamericano, especialmente a los nuevos seminaristas que acaban de llegar, y les exhorto al compromiso espiritual y a la fidelidad al Evangelio y a la Iglesia. Saludo a las consagradas del Ordo virginum y las animo a dar un testimonio alegre del amor de Cristo.

Saludo a los fieles de Verona, de Trevignano, de Pratissoleo; a los jóvenes de Paternò, de Lequile y a los del paseo Via lucis que, sostenidos por el ejemplo de los santos de la “puerta de al lado”, irán al encuentro de los pobres que viven cerca de las estaciones de tren. Y un saludo también a los jóvenes de la Inmaculada. Perseveremos en la cercanía y la oración por el querido pueblo ucraniano, que está sufriendo una inmensa crueldad. Les deseo un feliz domingo y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Disfruten de su almuerzo y hasta pronto.

En el Ángelus de la Solemnidad de la Asunción el Papa confía la paz mundial a la intercesión de María

El verdadero poder es el servicio

Con su Magnificat la Virgen “profetiza que no son el poder, el éxito y el dinero los que prevalecen, sino el servicio, la humildad y el amor”. El Papa lo recordó en el Ángelus del 15 de agosto, solemnidad de la Asunción de la Virgen María, dirigiéndose a los numerosos fieles reunidos a mediodía en la Plaza de San Pedro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! ¡feliz fiesta!

Hoy, solemnidad de la Asunción de la Virgen María, el Evangelio nos ofrece el diálogo entre ella y su prima Isabel. Cuando María entra en la casa y saluda a Isabel, le dice: “Bendita eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre” (Lc 1,42). Estas palabras, llenas de fe y alegría y asombro, se han convertido en parte del “Ave María”. Cada vez que rezamos esta oración, tan hermosa y conocida, hacemos como Isabel: saludamos a María y la bendecimos, porque ella nos trae a Jesús.

María acoge la bendición de Isabel y responde con el cántico, un regalo para nosotros, para toda la historia: el Magnificat. Es un canto de alabanza. Podemos definirlo como “el cántico de la esperanza”. Es un himno de alabanza y exultación por las grandes cosas que el Señor ha realizado en ella, pero María va más allá: contempla la obra de Dios a lo largo de la historia de su pueblo. Dice, por ejemplo, que el Señor “derribó del trono a los poderosos, enaltecíó a los humildes, colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías” (vv. 52-53). Al escuchar estas palabras, podríamos preguntarnos: ¿no estará exagerando la Virgen un poco, describiendo un mundo que no existe? De hecho, aquello que dice no parece corresponder a la realidad; mientras ella habla, los poderosos de la época no han sido derrocados: el temible Herodes, por ejemplo, se mantiene firme en su trono. Y los pobres y hambrientos también lo siguen siendo, mientras los ricos siguen prosperando.

¿Qué significa ese cántico de María? ¿Cuál es su sentido? Ella no busca hacer una crónica del tiempo, no es una periodista, sino decirnos algo mucho más importante: que Dios, a través de ella, ha inaugurado un punto de inflexión en la historia, ha establecido definitivamente un nuevo orden de las cosas. Ella, pequeña y humilde, ha sido elevada y —lo celebramos hoy— llevada a la gloria del Cielo, mientras que los poderosos del mundo están destinados a quedarse con las manos vacías. Piensen en la parábola de aquel hombre rico que tendía frente a su puerta un mendigo, Lázaro. ¿Cómo terminó? Con las manos vacías. La Virgen, en otras palabras, anun-

cia un cambio radical, una inversión de valores. Al hablar con Isabel, mientras lleva a Jesús en su vientre, anticipa lo que dirá su Hijo, cuando proclame bienaventurados a los pobres y a los humildes y haga una advertencia a los ricos y a los que confían en su propia autosuficiencia. La Virgen, por tanto, profetiza con este cántico, con esta plegaria: profetiza que no son el poder, el éxito y el dinero, los que prevalecen, sino que prevalecen el servicio, la humildad y el amor. Y mirándola en la gloria, comprendemos que el verdadero poder es el servicio —no olvidemos esto: el verdadero poder es el servicio— y reinar significa amar. Y que este es el camino al Cielo. Este es.

Entonces mirémosnos a nosotros mismos y podemos preguntarnos: ¿esa inversión anunciada por María toca mi vida? ¿Creo que amar es reinar y que servir es poder? ¿Creo que la meta de mi vida es el cielo, es el paraíso? Párrafalo bien aquí. ¿O sólo me preocupan las cosas terrenales y materiales? Es más, al observar los acontecimientos del mundo, ¿me dejo atrapar por el pesimismo o, como la Virgen, soy capaz de distinguir la obra de Dios que, a través de la mansedumbre y la pequeñez, realiza grandes cosas? Hermanos y hermanas, hoy María canta la esperanza y reaviva en nosotros la esperanza. María hoy canta la esperanza y reaviva en nosotros la esperanza: en ella vemos la meta del camino. Ella es la primera creatura que, con todo su ser, en cuerpo y alma, atraviesa victoriosa la meta del Cielo. Ella nos muestra que el Cielo está al alcance de la mano. ¿Cómo es esto? Sí, el cielo está al alcance de la mano si también nosotros no cedemos al pecado, alabamos a Dios con humildad y servimos a los demás con generosidad. No hay que ceder al pecado. Pero alguno podría decir: “Pero, padre, yo soy débil”, “Pero el Señor siempre te está cerca, porque es misericordioso”. No te olvides de cuál es el estilo de Dios: cercanía, compasión y ternura. Siempre cercano a nosotros con su estilo. Nuestra Madre, nos lleva de la mano, nos acompaña a la gloria, nos invita a alegrarnos pensando en el paraíso. Bendigamos a María con nuestra oración y pidámosle una mirada, capaz de vislumbrar el Cielo en la tierra.

Al final de la oración mariana, el Pontífice saludó a los grupos presentes en la Plaza de San Pedro, luego dirigió un pensamiento especial a las personas solas y enfermas, y finalmente instó a los fieles a visitar un santuario mariano, invocando “la intercesión de la Virgen para que Dios conceda la paz al mundo”, especialmente al pueblo ucraniano.

Queridos hermanos y hermanas:

Los saludo a todos, romanos y peregrinos de varios países: familias, grupos parroquiales, asociaciones. En particular, saludo a los jóvenes de la diócesis de Verona que participan en un campamento escolar y a los jóvenes de la Inmaculada.

Les deseo una feliz fiesta de la Asunción a los aquí presentes, a los que están de vacaciones, así como a muchos que no pueden permitirse un período de descanso, a las personas que están solas y a las personas enfermas. ¡No las olvidemos! Y pienso con gratitud estos días en quienes prestan servicios indispensables para la comunidad. Gracias por su trabajo por nosotros. Y en este día dedicado a la Virgen, exhorto a todos los que tengan la posibilidad de visitar un santuario mariano a venerar a nuestra Madre celestial. Muchos romanos y peregrinos acuden a Santa María la Mayor para rezar ante la Salus Populi Romani. También está la estatua de la Virgen Reina de la Paz, colocada allí por el Papa Benedicto XV. Sigamos invocando la intercesión de la Virgen para que Dios conceda la paz al mundo, y recemos en particular por el pueblo ucraniano.

¡Feliz fiesta a todos! No se olviden de rezar por mí. Que tengan un buen almuerzo y hasta pronto.

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Uniusque suum Non precelebant

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.ort@spcva
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI
Director editorial

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
fax +39 06 698 84998
e-mail: pubblicazioni.photos@spcva
www.photos@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:
Il Sole 24 Ore S.p.A.

System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano
segreteria@redirezione.com@ilsol24ore.com

En México: Arquidiócesis primada de México.
Dirección de Comunicación Social.

San Juan de Dios, 222-C. Col.
Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.
Del. Tlalpan. México, D.F.;
teléfono + 52 55 2652 99 55
fax + 52 55 5318 75 32
e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,
Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú
teléfono + 51 42 357 82
fax + 51 431 67 82
e-mail: editorial@salesianos.edu.pe



En la Asamblea General de la Conferencia Mundial de Institutos Seculares

En la frontera, donde se niegan los derechos y la dignidad

La "laicidad" es "una vocación de frontera" que hay que vivir sobre todo allí donde se niegan los derechos y la dignidad de las personas. El Papa lo recordó durante la audiencia a los participantes en la asamblea general de la Conferencia Mundial de Institutos Seculares, recibida la mañana del 25 de agosto, en la Sala del Consistorio.

Queridos hermanos y hermanas:

Estoy contento de recibirlos con ocasión de la Asamblea General de la Conferencia Mundial de los Institutos Seculares (CMIS). Los saludo con afecto y agradezco a la Presidenta sus palabras. Deseo ofrecerles algunas reflexiones para ayudarlos a considerar la peculiaridad de la vocación que se les ha dado, para que vuestro carisma se vuelva más incisivo en el tiempo que vivimos.

El término secularidad, que no equivale plenamente al de laicidad, es el corazón de vuestra vocación, que manifiesta la naturaleza secular de la Iglesia, pueblo de Dios, en camino entre los pueblos y con los pueblos. Es la Iglesia en salida, no lejana ni separada del mundo y en la historia para ser allí sal y luz, germen de unidad, de esperanza y de salvación. La misión que desarrollan ustedes es peculiar y los lleva a estar en medio de la gente, para conocer y comprender lo que pasa en el corazón de los hombres y mujeres de hoy, para alegrarse con ellos y para sufrir con ellos, con el estilo de la cercanía, que es el estilo de Dios: la cercanía.

Este también es el estilo de Dios, que ha mostrado su cercanía y su amor a la humanidad naciendo de una mujer. Es el misterio de la encarnación, origen de esa relación que nos constituye hermanos con toda criatura y que pide continuamente ser contempla-



do, para descubrir y promover esa bondad que Dios ha reconocido en las diversas realidades y que ni siquiera el pecado, aun ofuscándola, ha sido capaz de destruir completamente.

El carisma que ustedes han recibido los compromete, singularmente y como comunidades, a conjugar la contemplación con esa participación que les permite compartir los anhelos y las esperanzas de la humanidad, acogiendo sus preguntas para iluminarlas con la luz del Evangelio. Están llamados a vivir toda la precariedad de lo provisorio y toda la belleza de lo absoluto en la vida ordinaria, por las calles donde caminan los hombres, donde el cansancio y el dolor son más fuertes, donde los derechos son vulnerados, donde la guerra divide los pueblos, donde se niega la dignidad. Es ahí, como Jesús nos ha mostrado, que Dios sigue dándonos su salvación. Y ustedes están ahí, están llamados a estar ahí, para testimoniar la bondad y la ternura de

Dios con gestos cotidianos de amor.

Pero, ¿dónde encontrar la fuerza para ponerse al servicio de los demás con generosidad? ¿Dónde encontrar también la valentía para tomar decisiones audaces que impulsen

por una discreta reserva. En varias ocasiones han manifestado que no siempre son conocidos o reconocidos por los pastores y esta falta de estima los ha llevado tal vez a retirarse, a eludir el diálogo, y esto no está bien. Y, sin embargo,

también en Italia con la beata Armida Barelli, tienen la fuerza para cambiar las cosas promoviendo su dignidad. Pienso en esas realidades, que son muchas, como la política, la sociedad, la cultura, en las que se renuncia a pensar, en las que uno se uniforma según la corriente dominante o la propia conveniencia, mientras ustedes están llamados a recordar que el destino de todo hombre está unido al de los demás. No hay un destino solitario.

Queridos amigos y queridas amigas, no se cansen de mostrar el rostro de una Iglesia que necesita redescubrirse en camino con todos, y acoger el mundo con todas sus fatigas y con lo bello que hay en él. La Iglesia no es un taller para tranquilizarse y descansar. La Iglesia es una misión. Sólo juntos podemos caminar como pueblo de Dios, como buscadores de sentido junto a los demás hombres y mujeres de nuestro tiempo, custodios de la alegría de una misericordia hecha carne en nuestra vi-

Es el misterio de la encarnación, origen de esa relación que nos constituye hermanos con toda criatura y que pide continuamente ser contemplado

a un testimonio? Esta fuerza y esta valentía las encuentran en la oración y en la contemplación silenciosa de Cristo. El encuentro orante con Jesús llena el corazón de su paz y de su amor, que podrán dar a los demás. La búsqueda asidua de Dios, la familiaridad con la Sagrada Escritura y la participación en los sacramentos son la clave de la fecundidad de sus obras.

Su vocación es una vocación de frontera, a veces custodiada

su vocación abre caminos, es una vocación de frontera, una vocación para no quedarse quietos, que abre caminos. Pienso en los contextos eclesiales bloqueados por el clericalismo —que es una perversión—, donde su vocación habla de la belleza de una secularidad bendecida, abriendo y acercando la Iglesia a cada hombre y mujer. Pienso en las sociedades donde los derechos de las mujeres son negados y donde ustedes, como sucedió

da. Este itinerario exige desterrar costumbres que ya no dicen nada a nadie, romper esquemas que frenan el anuncio, sugiriendo palabras encarnadas, capaces de alcanzar la vida de las personas porque se nutren de la vida que hay en ellas y no de ideas abstractas. Nadie da testimonio con ideas abstractas. No; o evangelizas con tu vida —y este es el testimonio—, o eres incapaz de evangelizar.

Los animo a hacer presente en la Iglesia la secularidad con afabilidad, sin reivindicaciones, sino más bien con determinación y con esa autoridad que viene del servicio. Que su servicio sea el de la semilla, el servicio de la levadura, el servicio escondido y, al mismo tiempo, evidente, que sabe morir en los acontecimientos —también eclesiales— para que puedan cambiar desde dentro y dar frutos de bien. Pónganse a la escucha del Espíritu Santo con docilidad para comprender cómo hacer sus obras cada vez más eficaces, incluso recorriendo nuevos caminos que hagan visible la riqueza que tienen.

A este respecto, es esencial que los Pastores de la Iglesia estén a su lado para escucharlos e implicarlos en ese discernimiento de los signos de los tiempos que marca el paso de la misión. Por mi parte, les renuevo la cercanía y el aprecio por vuestra aportación y por el sentir del mundo que le traen a la Iglesia, con toda la pasión que los habita. No se cansen de llevar al mundo el anuncio de una vida nueva, de una fraternidad universal y de una paz duradera, espléndidos dones del Señor Resucitado.

Invoco sobre ustedes y sobre sus actividades la materna protección de la Virgen María y, mientras les doy la bendición, les pido que recen por mí. ¡Háganlo de corazón! Gracias.

Cumbre internacional en septiembre en el Vaticano

Para que el deporte sea para todos

El 29 y 30 de septiembre, en el Aula nueva del Sinodo, en el Vaticano, se celebrará una cumbre internacional «*Sport for all - cohesive, accessible and tailored to each person*», promovido por el Dicasterio para los laicos, la familia y la vida, en colaboración con el Dicasterio para la cultura y la educación y la Fundación Juan Pablo II para el deporte.

El encuentro involucrará a las mayores instituciones y organizaciones deportivas intergubernamentales, para dar respuesta a los llamamientos del Papa sobre la responsabilidad social del deporte y sobre la importancia de la práctica deportiva como medio de crecimiento humano, educativo y espiritual.

La cumbre prosigue el camino iniciado con el encuentro internacional «*Sport at the Service of Humanity*» organizado en octubre de 2016, seguido después por "Dar lo mejor de uno mismo", el primer documento íntegro de la Santa Sede sobre el deporte publicado el 1 de junio de 2018.

Durante la cumbre, se presentará una Declaración que invita al mundo del deporte a mirar al futuro haciendo propias tres características fundamentales: cohesión, accesibilidad y ser a medida de cada persona.

La primera para destacar la necesidad de reducir la brecha entre el deporte de base y el deporte profesional, con la convicción de que la unidad del deporte es un valor que hay que salvaguardar y cultivar.

La segunda, para garantizar a todas las personas el derecho a practicar deporte, independientemente de sus condiciones sociales (pobreza, migración o estatus de refugiado, marginalidad, guerra, encarcelamiento).

Por último, la tercera palabra clave se centra en la posibilidad de que todas las personas puedan practicar deporte, también cuando tienen discapacidades físicas, mentales o problemas psicológicos.

A la Cumbre asistirán, por invitación, aproximadamente 200 personas del mundo del deporte (atletas, entrenadores, dirigentes), de federaciones internacionales del deporte, pero también de asociaciones deportivas de base.

También estarán presentes representantes de las distintas confesiones cristianas y de otras religiones, así como organizaciones sin ánimo de lucro e instituciones educativas de todo el mundo que trabajan por la inclusión en la sociedad a través del deporte.

El logotipo y el lema del viaje papal a Kazajistán

Mensajeros de la paz y la unidad

“Mensajeros de la paz y la unidad”: el lema de la visita papal a Kazajistán, prevista del 13 al 15 de septiembre, ha sido dado a conocer, junto con el logotipo de la visita, por la Oficina de Prensa de la Santa Sede.

El logotipo presenta una paloma con una rama de olivo. Las alas están representadas por dos manos unidas, que simbolizan las de los mensajeros de la paz y la unidad. El corazón, dentro de las alas, representa el amor, fruto de la comprensión mutua, la cooperación y el diálogo. La rama de olivo estilizada está representada con una imagen ornamental típica kazaja. En el fondo hay un “shanyrak” (de color azul claro), un elemento de la vivienda tradicional de los habitantes del país, “la yurtta”, y, en el interior, una cruz amarilla. Los colores utiliza-



dos, azul claro y amarillo, son los mismos que los de la bandera de Kazajistán; amarillo y blanco, los de la bandera del Vaticano. El verde

de la rama simboliza la esperanza. El lema del viaje está escrito en la parte superior en lengua kazaja y en la inferior en ruso.

Viaje del Sustituto de la Secretaría de Estado a la República Dominicana



Homilía del Sustituto en la misa tradicional con los peregrinos en la Basílica catedral de Nuestra Señora de la Altagracia

A los pies de la Virgen de la Altagracia

El arzobispo sustituto de la Secretaría de Estado, Edgar Peña Parra viajó a la República Dominicana del 14 al 18 de agosto como enviado especial del Papa Francisco a las celebraciones de clausura del centenario de la coronación de Nuestra Señora de la Altagracia, patrona del país caribeño. El programa del viaje comenzó el domingo 14, con la visita al santuario mariano de Altagracia en Higüey y la misa con los peregrinos, que publicamos a continuación.

Queridos hermanos en el episcopado, distinguidas autoridades civiles, estimados sacerdotes, diáconos, seminaristas, religiosos, religiosas, queridas hermanas y hermanos todos en el Señor:

En esta solemne ocasión, quiero empezar saludando a Su Excelencia Reverendísima Mons. Jesús Castro Marte, Obispo de Nuestra Señora de la Altagracia en Higüey, así como a los demás Obispos de República Dominicana que se han querido unir a esta celebración, a las autoridades civiles, a los sacerdotes, consagrados, consagradas y fieles, peregrinos todos de Nuestra Madre y Señora de la Altagracia.

El Santo Padre me envía para transmitirles su saludo y acompañarlos en esta última etapa del peregrinaje jubilar que, como Iglesia, están realizando en esta significativa conmemoración del primer centenario de la coronación canónica de aquella que han querido llamar “el más dulce regalo de Dios a los dominicanos”. Hoy, nuestra peregrinación, ya cercana a la conclusión, se enmarca en la popular ofrenda de los toros, que este año tiene, sin embargo, un significado especial. Tradicionalmente, la fiesta se concluía aquí en el Santuario. Hoy, por el contrario, nuestra peregrinación continuará el camino. Lo hará junto a nuestra Madre, junto a toda la Iglesia de esta nación, representada por sus pastores y por ustedes, el santo Pueblo fiel de Dios, hombres y mujeres devotos llegados de todas las partes de esta hermosa tierra.

Antes de partir, detengámonos un momento ante nuestra Madre y fijémosnos en algunos detalles significativos, que pueden ayudarnos a reflexionar en el camino que hoy Dios nos propone. María mira al Niño con actitud orante y contemplativa, y guarda todo en su corazón (cf. *Lc 2,19*).

Esta actitud de adoración nos evoca la Eucaristía que celebramos, pareciera que el Niño está colocado en un altar, ofreciéndose como Pan vivo para la vida del mundo.

Pero también vemos a san José, que se acerca por detrás sigiloso, casi como si no quisiera interrumpir este coloquio de amor entre el Hijo y la Madre. Él viene

vestido con el manto rojo y cubierta la cabeza, en su mano izquierda lleva una vela, cuya llama protege con la derecha. La puerta detrás de él permanece abierta. Es una imagen enigmática. ¿Qué buscará José? ¿Qué puede ser tan importante como para atreverse a interrumpir a la Virgen en ese momento de adoración y de diálogo con el divino Infante? Parecería que es la actitud del caminante, del que tiene que decir a María que ya es hora de ponerse en marcha, trayendo humildemente una vela para alumbrar a la que es portadora de la Luz del mundo.

También nosotros venimos a María con esta intención, pidiéndole que salga con nosotros, al camino de la vida y de la historia, que nos acompañe en este viaje de la Iglesia dominicana. La Eucaristía tiene esas dos facetas, por un lado, es contemplación y encuentro, acogida y adoración, por otro es pascua, paso, llamada a ponerse en marcha y alimento para el camino. De forma semejante a José, los judíos celebraban la pascua vestidos para el viaje, preparados para salir, pues era el paso del Señor (cf. *Ex 12,11*). La primera lectura que hemos escuchado en este domingo, nos lo confirma. En ella vemos al profeta Jeremías perseguido a muerte, tratado como enemigo del pueblo precisamente por los dignatarios de la ciudad que debían honrar a Dios. Por el contrario, es un eunuco africano, Ebedmélec, el único que sale en su defensa. Es clara la imagen de Cristo que, como el profeta, debe enfrentarse a la persecución del inicuo rey Herodes, mientras José, siervo fiel como Ebedmélec, se apresta para salvarlo, según el mandato recibido de Dios.

De esta dicotomía también nos habla el evangelio de hoy, Jesús nos dice que cuando escuchamos su Palabra, cuando en los sacramentos nos encontramos con Él, y sobre todo cuando lo recibimos en la Comunión eucarística,

Él viene a nosotros, viene a nuestro mundo; estamos haciendo la misma experiencia que atónitos contemplamos en el cuadro de la Virgen de la Altagracia.

Nosotros también podemos sentir lo que Ella, la Virgen, sentía cuando dialogaba en silencio con su Hijo y su Señor. Pero al mismo tiempo, tal encuentro, nos amonesta Jesús, lejos de evadirnos de la realidad o servirnos de refugio para protegernos del mundo, nos llama al combate, a tomar partido por Jesús, como vemos en José, para alzar la bandera de nuestro capitán y llevarla hasta donde Él nos pida: «He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!». Como a Santiago y Juan, Jesús nos pregunta a todos nosotros si estamos dispuestos a abrazar su

cruz como prometimos en el bautismo (cf. *Mt 10,38*), para incendiar con el fuego de su amor esta tierra. Esto es importante, nuestro viaje de hoy no es una mera procesión devocional, sino un compromiso con Dios de llevar a ese Jesús que hemos recibido en la Eucaristía, testimoniándolo cotidianamente con una vida coherente con el evangelio.

Un compromiso de todos, cuyo fruto será que nuestra nación siga siendo una tierra consagrada a María donde reine Jesús, como lo ha sido estos últimos cien años.

Pero me dirán, ¿cómo es posible que nosotros, débiles y pecadores, podamos hacer algo semejante? Nos lo responde la Carta a los hebreos: basta seguir “esta nube de testigos”, a María, a José, a Jeremías, a todos aquellos que se arriesgaron por Dios y quisieron en Él su confianza, y “correr, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia”. Corramos —el apóstol lo dice en plural—, juntos, con presteza, sin vacilaciones, como Iglesia, junto a nuestros obispos, junto al Papa Francisco. Con constancia, sabiendo que el camino es largo, que el espíritu está pronto, pero la carne es débil y necesitamos de la fuerza de Dios y el amor de los hermanos nos sostenga (cf. *Mt 26,41*).

Para ello debemos aceptar renunciaciones, vigilar y orar, para no caer en tentación. Pero, sobre todo, “teniendo siempre los ojos fijos —como María— en quien completa nuestra fe”. Viendo a Jesús en la Eucaristía como lo vio ella, niño tierno entre sus brazos; poderoso profeta en medio de su pueblo; vencedor del pecado y de la muerte en la cruz; en su gloria “sentado a la derecha del trono de Dios”.

Hermanos, con el salmo, elevemos nuestra oración a Dios nuestro Padre, pidámosle por intercesión de Nuestra Madre la Virgen de la Altagracia que sea siempre nuestro auxilio, que vea en nuestra pobreza una oportunidad para manifestar su misericordia, sosteniéndonos en el camino de la vida, del que este peregrinaje es metáfora e invocación.

Pidámosle que nos dé la obediente constancia de san José, su sencillez y humildad en el servicio. Como él, hemos venido todos nosotros con nuestra ofrenda, con la vacilante luz de nuestra fe, para que Ella nos acompañe y bendiga nuestro caminar.

Ahora saldremos en peregrinación todos, unidos, de modo que podamos vivir siempre en esa gracia, en esa Altagracia, que es sentir la presencia de Jesús y de su Madre en el camino de vida, adhiriendo al proyecto de amor que Él nos propone. Que así sea.

Saludo del Sustituto a las Autoridades civiles y religiosas

Donde inició la primera evangelización del continente americano

En la solemnidad de la Asunción de la Virgen María, el lunes 15, en Santo Domingo, el arzobispo se reunió primero con las autoridades civiles y religiosas en la Puerta del Conde. Publicamos, a continuación, el saludo pronunciado por el prelado.

Señores Representantes del Gobierno, Señores Representantes del Organismo Legislativo, Señor Alcalde, Distinguidas autoridades civiles y religiosas, señoras y señores:

En este día solemne, saludo cordialmente a todos ustedes aquí presentes, expresándoles, al mismo tiempo, mis mejores deseos de paz y bienestar. Un agradecimiento particular va a las autoridades y a quienes han contribuido con sus esfuerzos a hacer posible estos actos en honor de Nuestra Señora de la Altagracia, Madre

sitivos, pero también negativos. En este sentido, el Papa Francisco ha recientemente recordado en su visita a un país de estas latitudes que la «historia de dolor y de desprecios», originada por una mentalidad colonizadora, “no se sana fácilmente”. Al mismo tiempo, nos advierte que “la colonización no se detiene, sino que en muchos lugares se transforma, se disfraza y se disimula” (Exhort. ap. *Querida Amazonia*, 16). Este es el caso de las colonizaciones ideológicas. Si en su momento la mentalidad colonialista se desentendió de la vida concreta de los pueblos, imponiendo modelos culturales preestablecidos, tampoco faltan hoy colonizaciones ideológicas que contrastan la realidad de la existencia y que sofocan el apego natural a los valores de

Tampoco faltan hoy colonizaciones ideológicas que contrastan la realidad de la existencia y que sofocan el apego natural a los valores de los pueblos, intentando desarraigar sus tradiciones, su historia y sus vínculos religiosos

protectora y espiritual del Pueblo dominicano. Hace exactamente cien años, en este mismo lugar, la Puerta del Conde, se llevó a cabo la coronación canónica de la bella imagen de la Altagracia que, como madre cariñosa, vela por todos los hijos e hijas de esta hermosa tierra donde inició la primera evangelización del continente americano.

No se trata, pues, de una simple coincidencia de lugar y fecha, sino del reconocimiento de parte del pueblo creyente, y también de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, de la importancia que la advocación de la Altagracia ha tenido en los avatares de la historia de esta Nación, fortaleciendo el respeto de los valores que son fundamentales para suscitar y afianzar relaciones fraternas, serenas y respetuosas de los derechos de los demás, y atentas a las necesidades de los más débiles. Es por eso que el Santo Padre quiso nombrarme su Enviado Especial en este centenario de la coronación, para manifestarles a todos los dominicanos su afecto y su cercanía.

Estas tierras fueron testigos de la llegada de otra civilización que cambió la percepción del mundo de entonces, y que trajo a las gentes de este nuevo continente cambios po-

los pueblos, intentando desarraigar sus tradiciones, su historia y sus vínculos religiosos». La colonización ideológica golpea también con fuerza a nuestros pueblos latinoamericanos.

Y debemos estar atentos porque esta colonización ideológica pretende aniquilar el valor sagrado de la vida humana, desde su inicio hasta su fin natural. Se obstina, también, en tratar de desmantelar la importancia de la familia, como célula fundamental de la sociedad, necesaria para el sano crecimiento de los pueblos.

Intenta, asimismo, robar el futuro a las jóvenes generaciones, proponiéndoles un camino incierto, que no tiene más alternativa que la precariedad de lo provisional. Por eso, en este centenario pidamos a Nuestra Señora de la Altagracia que interceda ante su Hijo Jesucristo para que nos alcance a cada uno de nosotros, a la República Dominicana y a todos países americanos la gracia de apostar por la vida, y no por la muerte; de afianzar y proteger a la familia, y de trabajar con decisión para ofrecer a los jóvenes un futuro luminoso y lleno de esperanza.

Muchas gracias.

Homilía de Mons. Edgar Peña Parra en la Misa de Clausura del Centenario de la Coronación canónica de Nuestra Señora de la Altagracia

En defensa de la familia y el valor de la vida

En la solemnidad de la Asunción de la Virgen María, el lunes 15, en Santo Domingo, en el Estadio Olímpico Félix Sánchez, el arzobispo Peña Parra presidió la misa solemne de la celebración del centenario de la Coronación canónica de Nuestra Señora de la Altagracia. El prelado, designado por el papa Francisco como su enviado especial a las celebraciones por la conclusión del año jubilar altagraciano, transmitió el afectuoso abrazo y la bendición del Pontífice a todos los obispos, sacerdotes, monjas, religiosos y fieles presentes y a los unidos espiritualmente a la celebración en todo el país, así como a las autoridades civiles y militares. Publicamos, a continuación la homilía pronunciada por el prelado.

Francisco me ha enviado a presidir la Santa Misa de Clausura del Centenario de la Coronación canónica de Ntra. Sra. de la Altagracia. Es para mí motivo de inmensa alegría y bendición poder celebrar junto con ustedes esta Eucaristía en honor de nuestra Patrona, Protectora del pueblo dominicano y primera evangelizadora de las Américas. Desde el año 1514, su presencia vigilante y amorosa ha acompañado ininterrumpidamente a los queridos hijos de esta noble Nación, haciendo brotar en sus corazones, con la luz y la gracia de su divino Hijo Jesús, la inmensa riqueza de la vida cristiana. Co-

presentes. “Virgen Santísima, Madre nuestra de la Altagracia, tú eres el regalo más precioso que hemos recibido de Dios. Junto a ti y san José venimos a adorar al Niño Jesús e implorar tu bendición en el centenario de tu coronación.” Estas palabras dirigidas a nuestra Madre de la Altagracia, que forman parte de la oración del Año jubilar por el centenario de su coronación, son expresión del corazón creyente del pueblo dominicano, que se ha preparado con gran devoción y alegría para celebrar este día de fiesta singular. Con ellas pedimos una bendición muy particular a nuestra Madre en esta solemnidad: estar junto a ella y san José, en adoración. Efectivamente, la escena representada en el cuadro de Nuestra Señora de la Altagracia nos invita a adorar al Niño Jesús en la humildad del pesebre donde con tanto amor es cuidado por su Madre María y por san José. Así podemos afirmar que el cuadro de la Altagracia nos enseña a priorizar el valor de la vida y de la familia. Pidiendo su intercesión tan milagrosa han venido a este mundo numerosos dominicanos, superando muchos impedimentos. Su imagen es una defensa y alegato en favor de la vida y de la dignidad de las personas, fueren de la raza y condición que fueren; ya que todos somos hijos del mismo Dios Padre e hijos de María Virgen y Madre; además de hermanos en Jesucristo y la misma carne del Hijo encarnado; como tales, carne de Jesucristo ungió por el mismo Espíritu y templos vivos de la Trinidad para formar un solo Pueblo, una sola Iglesia y una misma historia de salvación querida por Dios para toda la humanidad. La vida, en la Constitución de la República Dominicana, es el primer derecho civil del que se hace mención. Y en su artículo 37 se lee: “El derecho a la vida es inviolable desde la concepción hasta la muerte”.

Pero el cuadro de la Altagracia es también una defensa al valor de la familia como institución y de los lazos familiares que han sido y son duramente probados, denigrados y marginados, pero que, al mismo tiempo, continúan siendo el punto de referencia más firme, el apoyo más fuerte, el guardián insustituible para la estabilidad de toda la comunidad humana y social. Esta imagen así mismo es un símbolo de la familia como Iglesia doméstica, donde se aprenden las primeras lecciones de fe. Como dice el Documento de Santo Domingo, la misión de la familia es «ser “Iglesia doméstica” que acoge, vive, celebra y anuncia la Palabra de Dios, es santuario donde se edifica la santidad y desde donde la Iglesia y el mundo pueden ser santificados» (CELAM 1992, II.2.3.). Así que, ¡apoyemos a la familia! Defendámosla de todo lo que ponga en peligro su belleza. Acerquémonos a este misterio del amor con asombro, discreción y ternura. Y comprometámonos a salvaguardar sus



preciosos y delicados vínculos: hijos, padres, abuelos... Necesitamos estos vínculos para vivir y vivir bien, para hacer la humanidad más fraterna.

En este contexto, pensemos especialmente en los jóvenes, que son el futuro de este querido País y de la humanidad. ¡Jóvenes dominicanos!, pido a Nuestra Señora de la Altagracia que les dé fortaleza en la fe y que los conduzca a Jesucristo, porque sólo en Él encontrarán respuesta a todas sus inquietudes y anhelos; sólo Él puede apagar la sed de sus corazones. La fe cristiana nos enseña que vale la pena trabajar por una sociedad más justa; que vale la pena defender al inocente, al oprimido y al pobre; que vale la pena sacrificarse para que triunfe la civilización del amor. Que las muchas dificultades que les toca vivir no sean un obstáculo al amor, a la generosidad, sino más bien un desafío para reforzar la determinación de ser cada día mejores personas, fuertes, valientes, lúcidas y perseverantes. No se dejen seducir por el hedonismo, por las ideologías —que son los colonialismos modernos—, por la evasión, por la droga, por la violencia y las mil razones que aparentan justificarlas. Prepárense para ser los hombres y las mujeres del futuro, responsables y activos en las estructuras sociales, económicas, culturales, políticas y eclesiales de su país para que, modelados por el espíritu de Cristo y por vuestro ingenio en conseguir soluciones originales, contribuyan a alcanzar un desarrollo cada vez más humano y más cristiano. Reciban la antorcha de la fe y las sanas tradiciones que les han legado sus mayores, y láncese al futuro con valentía y esperanza.

Volvamos a contemplar el cuadro de Nuestra Señora de la Altagracia, que nos ha regalado para siempre un mensaje: No es moral ni lícito maltratar a ningún ser humano. Nuestra dignidad de hijos de Dios, de hermanos de Cristo y de templos del Espíritu nos lo exige. Y nuestra Madre, acompañada de san José, se erige en valedora y protectora de dicha dignidad. Este mensaje es siempre actual y sin fecha de caducidad, vale para todos los lugares y para los hombres y mujeres de todos los tiempos.

En este cuadro tan amado y venerado se ve reflejada la perfecta imagen de las mujeres y de los hombres dominicanos, que como buenas madres y buenos padres acogen con amor, determinación y fe valiente los desafíos de la maternidad y la paternidad responsable. También se ven reflejadas algunas de las mejores características del pueblo

dominicano: la alegría, la acogida, la confianza, la generosidad y el sacrificio.

Queridos hermanos y hermanas, el Santo Padre me ha pedido que los salude y en su nombre los bendiga a ustedes, a las autoridades públicas y a todos los fieles de estas hermosas tierras, también me ha pedido que los aliente, para que, como la Bienaventurada Virgen María fue llevada al cielo para dispensar su maternal caridad, el corazón de los fieles dominicanos, encendido por este mismo fuego de caridad, se adhieran más íntimamente a Cristo y sigan creciendo en fidelidad en el servicio de este misterio (cf. *Carta del Santo Padre*

al Legado Pontificio para el Centenario de la Coronación de la imagen de Nuestra Señora de la Alta gracia, 31 de julio de 2022).

Por ello, junto a María, entonemos hoy gozosos el Magnificat, dando gracias al Señor por tantos dones que nos ha concedido, y a Ella digámosle: ¡Madre de Dios! ¡Virgen de la Altagracia! Intercede por todos tus hijos e hijas que peregrinan en este País, especialmente por los jóvenes y por los ancianos, por los pobres y por cuantos sufren, protege a los niños por nacer y a todas las familias, y haz que cada persona pueda experimentar el consuelo de tu ternura y de tu amor maternal.

Saludo y entrega de la Rosa de Oro en la visita del Sustituto a la República Dominicana

Una flor que representa a todo el pueblo dominicano

El arzobispo Edgar Peña Parra, al presidir los actos de clausura del centenario de la coronación de la Virgen de la Altagracia, el lunes 15 de agosto por la mañana en el Estadio Olímpico de Santo Domingo (República Dominicana), ofreció a la Virgen de la Altagracia la rosa de oro, con la que el Papa Francisco “quiere unirse espiritualmente como peregrino a la inmensa multitud de hombres y mujeres, jóvenes y mayores, que acuden a este santuario”. Publicamos, a continuación, el saludo del prelado.

Estimadas autoridades, queridos hermanos en el Episcopado, queridos sacerdotes, consagrados y agentes pastorales, queridos peregrinos y devotos todos de Nuestra Señora de la Altagracia: Deseo agradecerles, en nombre del Santo Padre, la invitación a participar en esta celebración, que es ciertamente un hermoso canto que todo el pueblo dominicano ha querido entonar a Nuestra Madre la Virgen de la Altagracia. Ayer, miles de fieles llegaron hasta este Santuario para rendir tributo a Nuestra Señora, numerosos peregrinos acudieron alegres y esperanzados, venidos de muchos lugares, para agradecer y suplicar, para pedir intercesión y fuerza espiritual. Muchos presentaron, junto con sus plegarias, alguna ofrenda, tal vez una pequeña moneda o una simple flor. No es el valor material lo más importante porque, como el óbolo de la viuda del Evangelio, Jesús y María, su madre, ven sobre todo la generosidad del corazón. También san Juan Pablo II vino como peregrino a estas tierras y, el 25 de enero de 1979, coronó a Nuestra Señora de la Altagracia con una diadema, recordándonos que la Virgen, Madre del gran Rey, es Reina y Señora de todo lo creado. Hoy el Papa Francisco quiere unirse espiritualmente como peregrino a la inmensa multitud de hombres y mujeres, jóvenes y mayores que se acercan a este Santuario, y me ha pedido que deposite a los pies de la Virgen la “rosa de oro”. La ofrenda de la rosa de oro es un homenaje muy antiguo a la Reina del Cielo que los Papas conceden excepcionalmente a imágenes de gran devoción entre los fieles, en momentos especiales, como lo es este del centenario de la coronación canónica. La rosa de oro simboliza una flor que no se marchita, y es una flor que representa a todo el pueblo dominicano: niños, jóvenes, adultos que se acercan a venerar a la Virgen de la Altagracia, confiándole sus vidas, sus anhelos y sus necesidades, y pidiéndole su intercesión ante el Señor. Aquí, en esta rosa de oro, estamos todos incluidos, todos junto a María, amparados bajo su manto, muy cerca de su Inmaculado Corazón. Además, siempre que vean esta rosa, al lado de la Virgen Santa, acuérdense también del Santo Padre y recen por él y por la Iglesia universal que es nuestra madre. Muchas gracias.



Imagen de Nuestra Señora de la Altagracia, República Dominicana

Queridos hermanos en el Episcopado, Sr. Presidente de la República, autoridades civiles y militares, queridos sacerdotes, consagrados y consagradas, queridos peregrinos y devotos de Nuestra Señora de la Altagracia:

«Al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer (Ga 4,4). Estas palabras del apóstol san Pablo, queridos hermanos y hermanas, nos introducen en el misterio de aquella Mujer, llena de gracia y de bondad, a quien, generación tras generación, los dominicanos han venido a honrar a esta Basílica donde hoy nos congregamos». Con estas palabras, el Papa san Juan Pablo II iniciaba la Homilía que pronunció el 12 de octubre de 1992, durante la Santa Misa que celebró en el Santuario de Nuestra Señora de la Altagracia en Higüey. En esta ocasión, Su Santidad

mo bien dice este pueblo fiel, la Virgen de la Altagracia es el más dulce regalo de Dios a los dominicanos.

Queridos hermanos y hermanas, quiero hacerles llegar el abrazo afectuoso y la bendición del Santo Padre a todos los Obispos de la República Dominicana y, en especial, al Pastor de esta Arquidiócesis de Santo Domingo, S.E. Mons. Francisco Ozoria Acosta, así como también a los obispos auxiliares, S.E. Mons. Ramón Benito Ángeles Fernández, S.E. Mons. Faustino Burgos Brisman C.M., S.E. Mons. José Amable Durán Tímeo, S.E. Mons. Cecilio Raúl Berzosa Martínez, a los sacerdotes, religiosos, a cada uno de los fieles aquí congregados y a cuantos están unidos espiritualmente a nosotros a lo largo y a lo ancho del País. Su saludo y bendición también se dirige a todas las autoridades civiles y militares

El sustituto de la Secretaría de Estado

Homilía de Mons. Edgar Peña Parra en la Misa del Centenario de la Dedicación del Santuario de Ntra. Sra. de la Altagracia

Comunidad de puertas abiertas para acoger a todos

La construcción de la Iglesia "es un trabajo artesanal", que la Virgen "nos enseña a realizar con humildad, porque sólo quien se reconoce pequeño es capaz, como Zaqueo, de subir al árbol para ver a Jesús". Así lo subrayó el arzobispo Edgar Peña Parra durante la misa celebrada el miércoles 17 de agosto con motivo del Centenario de la Dedicación del Santuario de Nuestra Señora de la Altagracia en Santo Domingo. Esta fue la última etapa del viaje a la República Dominicana del sustituto de la Secretaría de Estado, como enviado especial del Papa Francisco a las celebraciones de clausura del centenario de la coronación de la imagen mariana. Al llegar al final de la visita "al querido pueblo dominicano", el prelado transmitió a los presentes "el cálido saludo que Su Santidad, el Papa Francisco, dirige a todos ustedes como padre y pastor". Publicamos, a continuación, la homilía del arzobispo.

Queridos hermanos en el episcopado, distinguidas autoridades civiles, estimados sacerdotes, diáconos, seminaristas, religiosos, religiosas, queridas hermanas y hermanos todos en el Señor:

Llegando al final de mi visita como Delegado Apostólico al amado pueblo dominicano, deseo transmitirles, una vez más, el cálido saludo que su Santidad, el Papa Francisco, les dirige a todos ustedes como Padre y Pastor, hoy especialmente en ocasión del primer centenario de la dedicación de este Santuario bajo el patronazgo de Nuestra Señora de la Altagracia. Hace dos días conmemorábamos también los cien años de la Solemne Coronación Pontificia de su imagen bendita. Fue una Alta Gracia la que le concedió Nuestro Señor a la Virgen María al elegirla como Madre del Hijo de Dios. Por eso repetimos las palabras del ángel y la llamamos "llena de gracia" al rezar la bellísima oración del Ave María, que nos invita también a nosotros a sentirnos abrazados por la gracia del Altísimo.

Es necesario apreciar la devoción con la que hace cien años el pueblo dominicano quiso consagrar esta Iglesia como fruto escogido de aquel maravilloso acontecimiento de la coronación. Es como si Nuestra Madre de la Altagracia nos dijera que su corona somos nosotros, el Pueblo santo de Dios, representado en las doce estrellas, que significan las doce tribus de Israel y a la vez los doce apóstoles, los obispos y su grey, es decir, toda la Iglesia. Es así que edificar la Iglesia, no es la mera construcción de una obra material, sino de un templo vivo conformado por los hijos e hijas de Dios, del cual brota el agua que es capaz de dar vida al mundo. De esto nos habla la primera lectura del libro de Ezequiel, que nos narra la visión que tuvo el profeta del templo del Señor, del cual bajaba agua (cf. 47,1), que a su paso iba saneando todo, convirtiendo el agua salada en agua dulce (cf. v. 8), en agua propicia para que saciara los árboles frutales, cobrando así fuerza para dar frutos nuevos (cf. v. 12). La gracia de Dios es como el agua dulce que refresca y transforma el alma de los fieles. La gracia convirtió a María en templo viviente, en donde habitase el Señor como su morada, pues supo y quiso acoger siempre en su vida la voluntad de Dios, contribuyendo así a la edificación de la Iglesia sobre el cimiento, que es Cristo (cf. 1 Co 3,11).

Pero la edificación de la Iglesia es un trabajo artesano, que la Virgen nos enseña a realizar con humildad, pues sólo quien se reconoce pequeño es capaz, como hizo Zaqueo, de subir al árbol para poder ver a Jesús. Zaqueo era un hombre que aún no entendía el proyecto de salvación de Dios, incluso era considerado un pecador por la comunidad (cf. v. 7). Pero había algo especial en su persona: tenía recta intención, es decir, buscaba con sinceridad saber quién era Jesús. Y esa actitud se manifestó posteriormente, cuando se encontró con el Señor y lo acogió en su casa. Este encuentro lo movió a la conversión, recibió una nueva vida y fue capaz de dar buenos frutos. Es así que decidió restituir lo que había robado y dar la mitad de sus bienes a los pobres. Somos llamados, como Zaqueo, a cambiar aquellos modelos de vida que nos alejan del Señor, y a em-

prender iniciativas que hagan resplandecer la nueva vida dando buenos frutos. Los cien años de historia que ahora nosotros celebramos, nos muestran que han sido otros los que, conforme a la gracia que Dios les dio (cf. 1 Co 3,10), pusieron el cimiento de esta Iglesia dominicana, pero al mismo tiempo nos recuerdan que esta es nuestra hora. San Pablo nos advierte: «¡Cada uno debe estar atento a cómo construye!» (1 Co 3,10). Pues la mundanidad nos impulsa a edificar estructuras que muchas veces contradicen el proyecto de Dios, que lastiman a la familia, que atentan contra la vida, que hieren a los jóvenes y sus sueños. Sin embargo, no hay que perder la esperanza, sino más bien hay que estar atentos, buscar al Señor con recto corazón, dejar que se hospede en nuestra humilde morada, que es nuestra conciencia, y sea Él el cimiento sobre el que edifiquemos la Iglesia y la sociedad.

A propósito de Zaqueo que era de baja estatura, es decir, tenía una limitación que le impedía ver a Jesús, podemos confrontar también nuestra propia vida, pues como seres humanos experimentamos siempre la limitación, a veces no alcanzamos a ver con claridad los designios de Dios, e incluso llegamos a confundirnos entre el tumulto de ideas y formas de pensar que no siempre están de acuerdo al Evangelio. Y aunque nuestros sueños sean altos, constatamos que no siempre podemos lograr todo lo bueno que nos proponemos sólo con nuestras propias fuerzas. Por eso me vienen a la mente las palabras que san Juan Pablo II dirigió a los jóvenes en Chile en el año 1987:

«Cristo nos está pidiendo que no permanezcamos indiferentes ante la injusticia, que nos comprometamos responsablemente en la construcción de una sociedad más cristiana, una sociedad mejor. Para esto es preciso que alejemos de nuestra vida el odio; que reconozcamos como engañosa, falsa, incompatible con su seguimiento, toda ideología que proclame la violencia y el odio como remedios para conseguir la justicia. El amor vence siempre, el amor vence siempre, como Cristo ha vencido; el amor ha vencido, el amor vence siempre. Aunque en ocasiones, ante sucesos y situaciones concretas, pueda parecernos impotente, Cristo parecía impotente en la Cruz. Dios siempre puede más».

Al ver la imagen de Nuestra Señora de la Altagracia podemos contemplar que el templo que acoge a la Sagrada Familia es el humilde portal de Belén. De él, apenas se ve una columna y una puerta abierta, un lugar sencillo y con carencias. Sin embargo, la fortaleza de aquella construcción se encuentra en el punto focal de la imagen: Jesús, Él ha de ser nuestra fuerza como Iglesia. Nuestro cimiento es Cristo, columna basilar que mantiene en pie todo el edificio. Además, la imagen nos da la idea de que nuestras comunidades han de tener siempre las puertas abiertas para acoger a todos (cf. Exhort. ap. Evangelii Gaudium, 46), para que quien nos mire, pueda experimentar la presencia de Dios en medio de nosotros, y quede transformado por el Agua Viva que brota de su templo, la Iglesia. Pues su gracia potente y fecunda permite transformar la cultura de la muerte en cultura de la vida. Es así como la salvación llega a nuestra casa, a nuestras familias, a nuestros jóvenes y a nuestras comunidades.

Hoy damos gracias a Dios porque este Santuario dedicado a Nuestra Señora de la Altagracia es signo viviente de la Iglesia y en él nos saciamos del Agua de Vida. Finalmente, quisiera, de parte del Santo Padre, depositar a los pies de la imagen de Nuestra Señora un santo Rosario, bendecido por él mismo, como signo de su amor y devoción a esta advocación mariana, y también como prenda de su cariño y oración constante por todo el pueblo dominicano. Que por intercesión de Nuestra Señora de la Altagracia, este bendito pueblo siga brindando frutos buenos y abundantes. Que así sea.

Oficina para las Celebraciones Litúrgicas del Sumo Pontífice Capilla Papal para el Consistorio Público Ordinario y para la Misa con los nuevos cardenales y el Colegio cardenalicio

Sábado 27 y martes 30 de agosto

NOTIFICACIÓN

El sábado 27 de agosto de 2022, a las 16 horas, en la Basílica de San Pedro, el Santo Padre Francisco celebrará:

- el Consistorio Público Ordinario para la creación de nuevos Cardenales, para la imposición del birrete, la consagración del anillo y la asignación del Título o Diaconía;
- el Consistorio Público Ordinario para la Canonización de los Beatos;
- Giovanni Battista Scalabrini, obispo de Piacenza, fundador de la Congregación de los Misioneros de San Carlos y de la Congregación de las Hermanas Misioneras de San Carlos Borromeo;
- Artemide Zatti, laico profeso de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco (Salesianos).

Se ruega a los eminentes miembros del Colegio Cardenalicio que estén en el altar de la Confesión a las 15:30 horas, vistiendo su hábito coral.

Los recién creados cardenales, en hábito coral, sin anillo, sin solideo y sin birrete, deberán encontrarse a las 15:30 horas en la capilla de San Sebastián. Se ruega a los Patriarcas, Arzobispos y Obispos y a todos aquellos que, de acuerdo con el Motu Proprio "Pontificalis Domus", componen la Capilla Pontificia y que, habiendo recibido la preceptiva Notificación a través de la dirección de correo electrónico: celebrazioni@celebra.va, deseen participar en el Consistorio, vistiendo el hábito coral adecuado, que estén a las 15:30 horas en el altar de la Confesión, para ocupar el lugar que les indicarán los ceremonieros pontificios.

* * *
El sábado 27 de agosto, de 18 a 20 horas, tendrán lugar las visitas de cortesía a los nuevos cardenales.

* * *
El martes 30 de agosto, a las 17:30 horas, en la Basílica de San Pedro, el Santo Padre presidirá la Celebración Eucarística con los nuevos Cardenales y el Colegio Cardenalicio. Podrán concelebrar con el Santo Padre:

- los recién creados cardenales, a las 16:45 horas, en la Ca-

pillla Gregoriana;

- el Colegio de Cardenales y los Patriarcas, a las 16:45 horas, en la Capilla de San Sebastián, vistiendo la mitra blanca adamascada;
- los Arzobispos y Obispos, en posesión de un billete especial, expedido por la Oficina para las Celebraciones Litúrgicas del Sumo Pontífice a través del procedimiento indicado en el sitio web biglietti.liturgiepontificie.va, que estarán a las 16:30 horas en la Capilla de la Misericordia, llevando consigo el amito, el sobrepelliz, el cíngulo y la mitra blanca
- Sacerdotes con un billete especial, expedido por la Oficina para las Celebraciones Litúrgicas del Sumo Pontífice a través del procedimiento indicado en la página web biglietti.liturgiepontificie.va, que estarán a las 16:00 horas en el

Braccio di Costantino, llevando consigo el amito, el sobrepelliz, el cíngulo y la estola verde.

Se ruega a los Patriarcas, Cardenales, Arzobispos y Obispos y a todos aquellos que, de acuerdo con el Motu Proprio "Pontificalis Domus", integran la Capilla Pontificia y que, habiendo recibido la preceptiva Notificación a través de la dirección de correo electrónico: celebrazioni@celebra.va, deseen participar en la celebración litúrgica sin concelebrar, vistiendo el hábito coral propio, que estén en el altar de la Confesión antes de las 17 horas.

Ciudad del Vaticano, 17 de agosto de 2022

Por mandato del Santo Padre

MONSEÑOR DIEGO RAVELLI
Maestro de las celebraciones litúrgicas papales

Visitas de cortesía a los cardenales

El sábado 27 de agosto de 2022, de 18:00 a 20:00 horas, se realizarán visitas de cortesía a los nuevos Eminentísimos Cardenales en los lugares que se indican a continuación.

Flores
8. Card. Giorgio Marengo, i.m.c.
9. Card. Jorge Enrique Jiménez Carvajal, c.i.m.
10. Card. Arrigo Miglio

Palacio Apostólico

Aula Pablo VI

Atrio

1. Card. Jean-Marc Aveline
2. Card. Peter Ebere Okpaleke
3. Card. Leonardo Ulrich Steiner, o.f.m.
4. Card. Filipe Neri António Sebastião do Rosário Ferrão
5. Card. Robert Walter McElroy

Aula

1. Card. Virgilio do Carmo da Silva, s.d.b.
2. Card. Oscar Cantoni
3. Card. Anthony Poola
4. Card. Paulo César Costa
5. Card. Richard Kuuiia Bawobw, M. Afr.
6. Card. William Seng Chye Goh
7. Card. Adalberto Martínez

Aula de la Bendición

1. Card. Arthur Roche
2. Card. Lazzaro You Heung-Sik
3. Card. Fernando Vérgez Alzaga, l.c.
4. Card. Gianfranco Ghirlanda, s.i.
5. Card. Fortunato Frezza

Para acceder al Aula Pablo VI, se ruega utilizar la entrada de Petriano; para el Palacio Apostólico, el Portón de Bronce.

Durante las visitas, se ruega a todos que sigan los itinerarios indicados.
Ciudad del Vaticano, 17 de agosto de 2022

MONSEÑOR DIEGO RAVELLI
Maestro de las celebraciones litúrgicas papales

La solidaridad del Papa con las víctimas de los atentados del 2009 en Sri Lanka

Sorprendidos por la generosidad de Francisco

Una ceremonia para dar solemnidad a un gesto solidario, es lo que se vivió en Sri Lanka el 13 y el 14 de agosto cuando, en nombre del Papa, el nuncio apostólico del País asiático, el arzobispo Brian Udaigwe, distribuyó a 400 familias una suma de dinero en rupias, (la moneda local) como don de Francisco para las víctimas de los atentados de Pascua de 2019. A los medios de comunicación vaticanos, el cardenal arzobispo de Colombo, Albert Malcolm Ranjith Patabendige Don, habló del interés del Pontífice ante el drama sufrido por estas personas y de la sorpresa ante la generosidad manifestada, más allá de

lo esperado. «Me había prometido una cierta cantidad - 50 mil euros - de una donación de la que disponía. Pero cuando en abril fui a controlar, he visto que se me había depositado no 50 mil, sino 100 mil euros».

A las familias que han tenido víctimas y a cuantos habían quedado inválidos a causa de los atentados y necesitados de cuidados especializados, se les ha dado mayor ayuda económica, explica Ranjith: «Hemos distribuido todo el dinero recibido y todos están contentos de haber obtenido esta ayuda de parte del Santo Padre».

En el mensaje al meeting de Rimini un llamamiento a la fraternidad para sanar las divisiones creadas por la guerra y las pandemias

Nadie puede disponer o abusar de la dignidad humana

Publicamos, a continuación, el mensaje que el cardenal secretario de Estado, en nombre del Papa, ha enviado al obispo de Rimini, Francesco Lambiasi, con motivo de la apertura de la edición 2022 del Meeting para la Amistad entre los Pueblos, que se celebra del 20 al 25 de agosto sobre el tema "Una pasión por el hombre".

A Su Excelencia
Reverendísima
Monseñor Francesco
Lambiasi
Obispo de Rimini

EXCELENCIA REVERENDÍSIMA:

El Santo Padre os saluda cordialmente y os confía, a través de mí, este mensaje para el próximo Encuentro de Amistad entre los Pueblos, titulado "Pasión por el hombre". En el centenario del nacimiento del Siervo de Dios Monseñor Luigi Giussani, los organizadores pretenden recordar con gratitud su celo apostólico, que le llevó a encontrarse con tantas personas y a llevar la Buena Noticia de Jesucristo a cada una de ellas. De hecho, dijo en su discurso en el Encuentro de 1985: "El cristianismo no nació para fundar una religión, nació como una pasión por el hombre. [...] Amor al hombre, veneración al hombre, ternura al hombre, pasión al hombre, estima absoluta al hombre".

A veces parece que la historia ha dado la espalda a esta mirada de Cristo sobre el hombre. El Papa Francisco lo ha subrayado en muchas ocasiones: "La fragilidad de los tiempos que vivimos es también esto: creer que no hay posibilidad de redención, una mano que te levanta, un abrazo que te salva, te perdona, te levanta, te inunda de un amor infinito, paciente, que perdona; te vuelve a poner en el camino" (*El nombre de Dios es misericordia. Una conversación con Andrea Tornielli*, Ciudad del Vaticano-Milán 2016, 31). Este es el aspecto más doloroso de la experiencia de tantos que experimentaron la soledad durante la pandemia o que tuvieron que abandonarlo todo para escapar de la violencia de la guerra. Aquí, pues, la parábola del buen samaritano es hoy más que nunca una palabra clave, porque es evidente cómo "los hombres, en lo más íntimo de su ser, esperan que el samaritano acuda en su ayuda, que se incline sobre ellos, que vierta aceite sobre sus heridas, que los atienda y les dé cobijo. En definitiva, saben que necesitan la misericordia de Dios y su mansedumbre [...], un amor salvador que se da gratuitamente" (*Entrevista a S.S. el Papa emérito Benedicto XVI, en Per mezzo della fede, editado por Daniele Libanori*, Cinesello Balsamo 2016, 129).

El Evangelio señala al Buen Samaritano como modelo de pasión incondicional por cada hermano que se encuentra en el camino; y por eso tiene una profunda asonancia con el tema del Encuentro: "Cuidemos la fragilidad de cada hombre, de cada mujer, de cada niño y de cada anciano, con esa actitud solidaria y atenta, la actitud de proximidad del buen samaritano" (*Enc. Fratelli tutti*, 79).

No se trata de generosidad, que unos tienen más y otros menos. Aquí Jesús quiere ponernos frente a la raíz profunda del ges-

to del buen samaritano. El Papa Francisco lo describe así: "Para los cristianos, las palabras de Jesús tienen también otra dimensión trascendente; implican reconocer al mismo Cristo en cada hermano abandonado o excluido (cf. Mt 25,40.45). En realidad, la fe colma de motivaciones inauditas el reconocimiento del otro, porque quien cree puede llegar a reconocer que Dios ama a cada ser humano con un amor infinito y que «con ello le confiere una dignidad infinita. A esto se agrega que creemos que Cristo derramó su sangre por todos y cada uno, por lo cual nadie queda fuera de su amor universal (*ibid.*, 85).

Este misterio no deja de asombrarnos, como atestiguó el propio don Giussani en presencia de san Juan Pablo II el 30 de mayo de 1998: "¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el hijo del hombre para que te preocupes por él? Ninguna pregunta me ha asaltado en la vida como ésta. Sólo había un Hombre en el mundo que podía responderme, haciendo una nueva pregunta: '¿Qué ventaja tendrá el hombre si gana el mundo entero y luego se pierde a sí mismo? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de sí mismo?' [...] Sólo Cristo toma en serio mi humanidad" (*Generar huellas en la historia del mundo*, Milán 2019, 78).

Es esta pasión de Cristo por el destino de cada criatura la que debe animar la mirada del creyente hacia todos: un amor gratuito, sin medida y sin cálculo. Pero —nos preguntamos— ¿no podría parecer una intención piadosa, comparada con lo que



vemos que ocurre en el mundo actual? En el choque de todos contra todos, donde el egoísmo y los intereses creados parecen dictar la agenda en la vida de los individuos y las naciones, ¿cómo es posible mirar a los que nos rodean como un activo que debe ser respetado, apreciado y cuidado? ¿Cómo es posible salvar la distancia que nos separa? La pandemia y la guerra parecen haber ampliado el abismo, retrasando el camino hacia una humanidad más unida y solidaria.

Pero sabemos que el camino de la fraternidad no se dibuja sobre las nubes: atraviesa los numerosos desiertos espirituales presentes en nuestras sociedades. "En el desierto —dijo el Papa Benedicto XVI— se redescubre el valor de lo esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo hay innumerables signos, a menudo expresados de forma implícita o negativa, de la sed de Dios, del sentido último de la vida. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, muestren el camino hacia la Tierra Prometida y mantengan así viva la esperanza" (*Homilía en la Misa de apertura del Año de la Fe*, 11 de octubre

de 2012). El Papa Francisco no se cansa de señalar el camino del desierto aportando vida: "Nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia; lo que el Espíritu movilizaba no es un desborde activista, sino ante todo una atención puesta en el otro considerándolo como uno consigo. Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien (*Exhortación Apostólica Evangelii gaudium*, 199).

Recuperar esta conciencia es decisivo. Una persona no puede hacer el viaje de autodescubrimiento sola, el encuentro con el otro es esencial. En este sentido, el Buen Samaritano nos muestra que nuestra existencia está íntimamente ligada a la de los demás y que la relación con el otro es una condición para llegar a ser plenamente nosotros mismos y dar fruto. Al darnos la vida, Dios se ha entregado de alguna manera a sí mismo para que nosotros, a su vez, nos demos a los demás: "Un ser humano está hecho de tal manera que no se realiza, no se desarrolla ni puede encontrar su plenitud si

no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás" (*Enc. Fratelli tutti*, 87). Don Giussani añadió que la caridad es un don "comovido" de sí mismo. En efecto, es conmovedor pensar que Dios, el Todopoderoso, se inclinó sobre nuestra nada, se apiadó de nosotros y nos amó uno a uno con un amor eterno.

¿Cuál es el fruto de los que, imitando a Jesús, hacen un don de sí mismos? "La amistad social que no excluye a nadie y la fraternidad abierta a todos" (*ibid.*, 94). Un abrazo que derriba muros y sale al encuentro del otro en el conocimiento del valor de cada persona concreta, en cualquier situación en la que se encuentre. Un amor al otro por lo que es: una criatura de Dios, hecha a su imagen y semejanza, dotada por tanto de una dignidad intangible, de la que nadie puede disponer o, peor aún, abusar.

Es esta amistad social la que, como creyentes, estamos invitados a alimentar con nuestro testimonio: "La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo" (*Evangelii gaudium*, 24). Cuánta necesidad tienen los hombres y mujeres de nuestro tiempo de encontrarse con personas que no den lecciones desde el balcón, sino que salgan a la calle a compartir el trabajo diario de la vida, sostenidos por una esperanza fiable. El Papa Francisco insiste en llamar a los cristianos a esta tarea histórica, por el bien de todos,

con la certeza de que la fuente de la dignidad de todo ser humano y la posibilidad de la fraternidad universal es el Evangelio de Jesús encarnado en la vida de la comunidad cristiana: "Si la música del Evangelio deja de vibrar en nuestros corazones, habremos perdido la alegría que brota de la compasión, la ternura que nace de la confianza, la capacidad de reconciliación que encuentra su fuente en saber perdonarse siempre unos a otros. Si la música del Evangelio deja de sonar en nuestros hogares, en nuestras plazas, en nuestros lugares de trabajo, en la política y en la economía, habremos apagado la melodía que nos provocó a luchar por la dignidad de todo hombre y mujer" (*Discurso en el Encuentro Ecuaméxico*, Riga - Letonia, 24 de septiembre de 2018).

El Santo Padre espera que los organizadores y los participantes del Encuentro 2022 acojan este llamamiento con un corazón alegre y dispuesto a seguir colaborando con la Iglesia universal en el camino de la amistad entre los pueblos, expandiendo en el mundo la pasión por el hombre. Y mientras confío esta intención a la intercesión de María Santísima, envío cordialmente la Bendición Apostólica. Formulando mi deseo personal de una Reunión que satisfaga plenamente las expectativas, me confirmo con sentidos de distinguida reverencia

de Su Excelencia
Reverendísima
Reverendísimo
Pietro Card. Parolin
Secretario de Estado

Discurso del nuevo presidente de la Red Eclesial Panamazónica - REPAM

Una luz desde la periferia que ilumina el centro

Tras un minucioso proceso de consulta realizado en mayo y junio de 2022, la presidencia de la Red Eclesial Panamazónica, REPAM se reunió virtualmente con los/as presidentes de las organizaciones fundadoras de la Red en la mañana del 19 de julio para definir la nueva Presidencia de la REPAM. Fue un encuentro de profundo diálogo y conexión espiritual para compartir las intuiciones manifestadas en el proceso de escucha y discernimiento para proceder al nombramiento del nuevo presidente y afirmar una nueva forma de configuración de la Presidencia. Tras escuchar el informe del Cardenal Pedro Barreto sobre los diálogos mantenidos con las personas más indicadas para presidente de la REPAM, se confirmó como nuevo presidente de la Red a Mons. Rafael Cob García, obispo del Vicariato de Puyo (Ecuador) y actual Vicepresidente. También se aprobó una

nueva configuración de la Presidencia, que contará con tres vicepresidentes: Hna. María Carmelita, FMA, Yessica Patiachi y Mons. David Martínez de Aguirre. Mons. Rafael Cob García nació en La Horra (Burgos-España) el 23 de octubre de 1951, estudió Filosofía y Teología en Burgos. Fue ordenado sacerdote el 23 de octubre de 1976. Trabajó durante seis años como formador en el seminario menor San José de Burgos y posteriormente desarrolló su actividad pastoral en varios pueblos de su provincia. Partió a Ecuador como Misionero "Fidei Donum", llegando al Vicariato de Puyo en 1990. Trabajó como párroco en Palora y en la Catedral de Puyo, rector en el Seminario "Santa María La Mayor" de Quito. Fue nombrado obispo vicario apostólico de Puyo en 1998. Monseñor Rafael Cob recibió su consagración episcopal de manos de San Juan Pablo II en Roma

el 6 de enero de 1999. A nivel de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana (CEE), se desempeñó como Presidente de la Comisión de Ministerios y Vida Consagrada, responsable del área de Misiones y Director del GEMINA (Centro Misionero Nacional). De 2014 a 2020 fue presidente de la REPAM-Ecuador. Fue designado por el Papa Francisco como miembro de la comisión preparatoria del Sínodo de las Amazonas, sacerdote sinodal en el Sínodo, celebrado en octubre de 2019, y para la comisión postsinodal. En septiembre de 2020, fue elegido vicepresidente de la Red Eclesial Panamazónica. También es miembro del Consejo Ejecutivo de la Conferencia Eclesial de la Amazonia - CEAMA. Publicamos, a continuación el discurso que pronunció cuando asumió oficialmente el cargo de presidente de la REPAM, el martes, 9 de agosto.

Estimados hermanos y hermanas, un saludo fraterno a todos los que conformamos esta Red Eclesial Panamazónica, REPAM.

A los que componemos la nueva Presidencia, juntamente con mi persona los vicepresidentes Mons. David Martínez de Aguirre, Hna. Carmelita de Lima Conceição y Sra. Jessica Patiachi. A mi antecesor en esta Presidencia y amigo de camino desde la fundación de la REPAM, el Cardenal Pedro Barreto, trabajador infatigable en favor de la Amazonia.

A la Secretaría General en Manaos: Hermano João Gutemberg, Rodrigo Fadul y demás miembros. A cuantos en este día están conectados desde los países que conforman la REPAM: Brasil, Venezuela, Colombia, Bolivia, Perú, Ecuador, Guyana, Guyana Francesa y Surinam. A cuantos conectados desde los diversos países y que internacionalmente comparten nuestro ideal común de defender la vida de nuestra Amazonia y de los pueblos que la habitamos.

Mi saludo especial a mi Vicariato de Puyo, donde sembramos la semilla de la REPAM, y a las instituciones fundantes: al CELAM presidida por Mons. Miguel Cabejros; a la CLAR de los religiosos/as, presidida por la Hna. Liliana Franco; al SELACC - Cáritas presidida por Mons. José Luis Azuaje; a la Comisión Episcopal para la Amazonia, de la CNBB, de Brasil. También saludo a cuantos en este camino de 8 años han dejado huella profunda con su testimonio y entrega generosa, como Mauricio López con quien compartimos los pasos de la primera etapa del camino.

Se hace camino al andar

Después de un serio discernimiento, nos han elegido presidente de esta Red para seguir sirviendo a la Iglesia en la Amazonia que amamos y en donde vivimos, igualmente a la Iglesia universal sin fronteras con la que hacemos camino sinodal.

Como humilde obrero en la viña del Señor, acepto este encargo consciente de

que necesitamos el Espíritu que hoy guía nuestra Iglesia, la ayuda de mis hermanas y hermanos que conformamos la presidencia y la ayuda fraterna de todos ustedes que hoy nos escuchan.

Mi primer pensamiento es de agradecimiento al Dios providente de la vida, que con su ternura paternal y maternal nos da cada día el tiempo y la fuerza para realizar su proyecto, cuidar a su obra creadora, de la casa común para todos, y la defensa de los derechos vulnerados de los pueblos originarios de esta tierra amazónica.

Agradecer al que desde el cielo nos contempla, el Cardenal D. Claudio Humes, al que en este día recordamos a un mes de su pascua y partida al cielo. Cofundador de esta Red, que, como pastor apasionado por la misión en la cuenca amazónica, fue tejiendo sin descanso, articulando con creatividad y espíritu profético en favor de los pobres, construyendo puentes de colaboración y abriendo nuevos caminos de evangelización, defendiendo una ecología integral como respuesta al gran

desafío de nuestro planeta tierra.

Agradecer al cardenal Pedro Barreto, a quien reconocemos como fundador de la REPAM, quien siempre me ha recordado que la REPAM empezó en Puyo, en aquella Asamblea General celebrada en 2013. Agradecer al Papa Francisco, impulsor de este camino renovador en la Iglesia, que supo ver en la REPAM el instrumento providencial suscitado por el Espíritu para llevar adelante este proyecto sinodal para la Iglesia Universal. Él lo hizo convocando el Sínodo, para ser la luz venida desde la periferia que ilumina el centro. Ello hizo posible el acontecimiento inédito que es referencia para toda la Iglesia, el Kairós como oportunidad divina, con un horizonte común y guiados por el mismo Espíritu. Avanzamos remando juntos en la misma barca hacia aguas más profundas, leyendo los signos de los tiempos para responder a los desafíos presentes de nuestra realidad.

El Pontífice concluye el ciclo de catequesis sobre la vejez

Más allá de la “puerta” de la muerte hay celebración

El destino del hombre es resucitar: por tanto, la muerte es sólo el “paso” por una “puerta” más allá de la cual “hay una fiesta”. Lo dijo el Papa Francisco en la audiencia general del miércoles 24 de agosto, en el Aula Pablo VI, concluyendo el ciclo de catequesis sobre la vejez iniciado el 23 de febrero.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Acabamos de celebrar la Asunción al cielo de la Madre de Jesús. Este misterio ilumina el cumplimiento de la gracia que configuró el destino de María, y también ilumina nuestro destino. El destino es el cielo. Con esta imagen de la Virgen asunta al cielo, quisiera concluir el ciclo de catequesis sobre la vejez. En Occidente la contemplamos elevada hacia arriba envuelta en una luz gloriosa; en Oriente se la representa tumbada, rodeada de los Apóstoles en oración, mientras el Señor Resucitado la sostiene en sus manos como a una niña. La teología siempre ha reflexionado sobre la relación de esta singular “asunción” con la muerte, que el dogma no define. Creo que sería aún más importante explicitar la relación de este misterio con la resurrección del Hijo, que abre el camino a la generación de la vida para todos nosotros. En el acto divino del reencuentro de María con Cristo resucitado, no sólo se supera la corrupción corporal normal de la muerte humana, no solo esto, se anticipa la asunción corporal de la vida de Dios. De hecho, el destino de la resurrección que nos ocupa es anticipado: porque, según la fe cristiana, el Resucitado es el primogénito de muchos hermanos y hermanas. El Señor resucitado es el que fue primero, el que resucitó primero, luego iremos nosotros: este es nuestro destino: resucitar. Podríamos decir -siguiendo las palabras de Jesús a Nicodemo- que es un poco como un segundo nacimiento (cf. *Jn* 3,3-8). Si el primero fue un nacimiento en la tierra, este segundo es el nacimiento en el cielo. No es casualidad que el apóstol Pablo, en el texto leído al principio, hable de los dolores de parto (cf. *Rm* 8,22). Así como, en cuanto salimos del vientre de nuestra madre, seguimos siendo nosotros, el mismo ser humano que estaba en el vientre, así, después de la muerte, nacemos al cielo, al espacio de Dios, y seguimos siendo nosotros los que hemos caminado por esta tierra. De la misma manera que le ocurrió a Jesús: el Resucitado sigue siendo Jesús: no pierde su humanidad, su experiencia vivida, ni siquiera su corporeidad, no, porque sin ella ya no sería Él, no sería Jesús: es decir, con su humanidad, con su experiencia vivida.

La experiencia de los discípulos, a los que se les aparece durante cuarenta días después de su resurrección, nos lo dice. El Señor nos muestra las heridas que sellaron su sacrificio; pero ya no son la fealdad del desaliento dolorosamente sufrido, ahora son la prueba indeleble de su amor fiel hasta el final. ¡Jesús resucitado con su cuerpo vive en la intimidad trinitaria de Dios! Y en ella no pierde su memoria, no abandona su historia, no disuelve las relaciones en las que vivió en la tierra. Prometió a sus amigos: “Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también voso-



tros” (*Jn* 14,3). Él se fue para preparar un lugar para todos nosotros, y habiendo preparado un lugar vendrá. No sólo vendrá al final por todos, sino que vendrá cada vez por cada uno de nosotros. Él vendrá a buscarnos para llevarnos a Él. En este sentido, la muerte es un poco un peldaño hacia el encuentro con Jesús que me está esperando para llevarme a Él. El Resucitado vive en el mundo de Dios, donde hay un lugar para todos, donde se está formando una nueva tierra y se está construyendo la ciudad celestial, la morada definitiva del hombre. No podemos imaginar esta transfiguración de nuestra corporeidad mortal, pero estamos seguros de que mantendrá nuestros rostros reconocibles y nos permitirá seguir siendo humanos en el cielo de Dios. Nos permitirá participar, con sublime emoción, en la infinita y dichosa exuberancia del acto creador de Dios, cuyas interminables aventuras viviremos en primera persona. Cuando Jesús habla del Reino de Dios, lo descri-

be como una comida de bodas, como una fiesta con amigos, como el trabajo que hace que la casa esté perfecta: es la sorpresa que hace que la cosecha sea más rica que la siembra. Tomar en serio las palabras evangélicas sobre el Reino permite que nuestra sensibilidad disfrute del amor obrero y creador de Dios, y nos pone en sintonía con el destino inédito de la vida que sembramos. En nuestra vejez, queridos amigos, y me dirijo a los “viejos” y a las “viejitas”, en nuestra vejez se agudiza la importancia de tantos “detalles” de los que se compone la vida: una caricia, una sonrisa, un gesto, un trabajo apreciado, una sorpresa inesperada, una alegría hospitalaria, un vínculo fiel. Lo esencial de la vida, lo que más apreciamos al acercarnos a la despedida, se nos hace definitivamente claro. Aquí está: esta sabiduría de la vejez es el lugar de nuestra gestión, que ilumina la vida de los niños, los jóvenes, los adultos y de toda la comunidad. Los “viejos” debemos ser esto para los demás: luz para los demás. Toda

nuestra vida aparece como una semilla que tendrá que ser enterrada para que nazca su flor y su fruto. Nacerá, junto con todo lo demás en el mundo. No sin dolores de parto, no sin dolor, pero nacerá (cf. *Jn* 16,21-23). Y la vida del cuerpo resucitado será ciento y mil veces más viva que la que hemos probado en esta tierra (cf. *Mc* 10,28-31). El Señor Resucitado, no por casualidad, mientras espera a los Apóstoles junto al lago, asa un poco de pescado (cf. *Jn* 21,9) y luego se lo ofrece. Este gesto de amor solidario nos permite vislumbrar lo que nos espera al cruzar a la otra orilla. Sí, queridos hermanos y hermanas, sobre todo vosotros, los ancianos, lo mejor de la vida está por ver; “Pero somos viejos, ¿qué más tenemos que ver?”. Lo mejor, porque lo mejor de la vida está por ver. Esperemos esta plenitud de vida que nos espera a todos, cuando el Señor nos llame. Que la Madre del Señor y nuestra Madre, que nos ha precedido al cielo, nos devuelva el estremecimiento de la espera porque no es

una espera anestesiada, no es una espera aburrida, no, es una espera con estremecimiento: “¿Cuándo vendrá mi Señor? ¿Cuándo podré ir allá?” Un poco de miedo porque este pasaje no sé lo que significa y pasar por esa puerta da un poco de miedo, pero siempre está la mano del Señor que te hace avanzar y una vez atravesada la puerta hay celebración. Tengamos cuidado, queridos “viejos” y queridas “viejitas”, tengamos cuidado, Él nos espera, sólo un pasaje y luego la fiesta.

Al finalizar la audiencia general, el Pontífice lanzó un nuevo y sentido llamamiento para poner fin al “horror de la guerra”. Antes de saludar a los grupos de habla italiana, Francisco volvió a pedir iniciativas concretas para la paz entre Ucrania y Rusia, confiando las dos naciones al Corazón Inmaculado de María: “Que Ella, como Madre, vuelva su mirada sobre estos dos amados países y nos traiga la paz”. La audiencia, como es habitual, terminó con el canto del Pater Noster y la bendición apostólica.

Renuevo mi invitación a implorar la paz del Señor para el querido pueblo ucraniano, que desde hace seis meses sufre el horror de la guerra. Espero que se tomen medidas concretas para poner fin a la guerra y evitar el riesgo de un desastre nuclear en Zaporizhzhia. Llevo a los presos en mi corazón, especialmente a los que están en condiciones frágiles, y pido a las autoridades responsables que trabajen por su liberación. Pienso en los niños, en tantos muertos, en tantos refugiados -aquí en Italia hay muchos-, en tantos heridos, en tantos niños ucranianos y rusos que

se han quedado huérfanos y la orfandad no tiene nacionalidad, han perdido a su padre o a su madre, sean rusos o ucranianos. Pienso en tanta crueldad, en tantos inocentes que están pagando la locura, la locura de todos los bandos, porque la guerra es una locura y nadie en la guerra puede decir: “No, no estoy loco”. La locura de la guerra. La locura de la guerra. Pienso en esa pobre chica que murió por una bomba que estaba bajo el asiento de su coche en Moscú. ¡Los inocentes pagan la guerra, los inocentes! Reflexionemos sobre esta realidad y digámonos: la guerra es una locura. Y los que se benefician de la guerra y del comercio de armas son criminales que matan a la humanidad. Y pensamos en otros países que llevan mucho tiempo en guerra: más de 10 años Siria, pensamos en la guerra de Yemen, donde tantos niños pasan hambre, pensamos en los rohingya que recorren el mundo por la injusticia de ser expulsados de su tierra. Pero hoy, de manera especial, seis meses después del comienzo de la guerra, pensamos en Ucrania y en Rusia, ambos países que he consagrado al Corazón Inmaculado de María, que Ella, como Madre, dirija su mirada a estos dos amados países: ¡Que vea a Ucrania, que vea a Rusia y que nos traiga la paz! Necesitamos la paz. Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Señor que, en el camino de esta vida terrena, sepamos sembrar con gestos de amor y ternura lo que cosecharemos en el Reino de los cielos. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Una luz desde la periferia que ilumina el centro

VIENE DE LA PAGINA 7

Desafíos de la red

Quiero hoy compartir con ustedes los desafíos que pienso que debemos trabajar. En la vida humana los desafíos son parte del camino para crecer. La respuesta a todo desafío es el amor, un amor que se desborda, como es el amor de Dios en su misericordia, la cual debemos imitar y vivir.

Saber escuchar y contemplar. Estamos en un mundo en que nos cuesta contemplar. Si contemplar es más que ver y escuchar es más que oír y pensar es más que razonar, nuestro primer desafío, es saber contemplar y escuchar, afinar nuestro oído a las voces que suenan con fuerza a nuestro alrededor reclamando ser escuchados.

El derecho a ser escuchados es, sin duda, una necesidad cada día más urgente en medio de nuestro mundo que tantas veces se hace el sordo o se vuelve indiferente ante las voces de los que sufren y ven vulnerados sus derechos.

Sepamos escuchar en la realidad que vivimos, la escucha es no solo un derecho sino la mejor medicina en la búsqueda de soluciones a una convivencia cada día más necesaria de respeto y armonía. La Iglesia no es ajena a los gritos de la Amazonia ni de los pueblos que en ella vivimos.

Contemplar es más que mirar. Saber Contemplar juntamente con la escucha es un desafío que continuamente debemos practicar y aprender. Contemplar va más allá que mirar; es cuestionarse: ¿qué nos enseña lo que vemos? Es preguntarnos: ¿qué nos dice a nuestra vida y a nuestro pensar?

La selva con su flora o su fauna no está

solo para mirar la belleza de una vida exuberante que capta nuestra mirada. Contemplar la selva es contemplar la hermosura de la creación de Dios, para decir como Francisco: “Laudato si, oh mi Signore”; preguntarse ¿para qué Dios creó esta maravilla natural? Profundizar en ese amor divino que crea y nos recrea para que sepamos que todo lo creado por Él tiene una finalidad en el equilibrio planetario que necesita nuestra casa común.

Es acercarse a esa naturaleza que como maestra nos enseña cada día, en el árbol y en el río, en las aves y las flores, toda una lección de armonía. Donde, como nos dice Laudato Si, “todo está interconectado”. El mundo necesita armonía, humanizar nuestra sociedad, donde todos nos necesitamos, nuestra tierra necesita de nuestro cuidado y nosotros necesitamos de esta tierra.

Razonar con la cabeza y con el corazón. El escuchar y el contemplar nos debe llevar a pensar que más allá de razonar solo con la cabeza, también hay que hacerlo con el corazón. Nos lleva al actuar como el buen samaritano, que no se contentó con mirar al que estaba caído en el camino, sino que al contemplar lo que ve, actúa, se compadece y se solidariza con el necesitado.

Dejemos que el corazón y el sentimiento se transforme en caridad y amor a esta tierra, nuestro hogar. Ese amor nos llevará a un actuar diferente del que solo se deja llevar por la codicia de acumular riquezas, de aquel que ve la Amazonia como una despensa inagotable donde extraer para sí, sin pensar en las consecuencias negativas para los demás.

El amor a la selva nos lleva a defender la vida de esta tierra, regalo de Dios para

el mundo.

Identidad de la REPAM

La REPAM nació como red para ser ese cauce de vida, articulando todos esos aportes solidarios que, llegados de diferentes mentes y corazones, y se transforman en fuerza y fortaleza para luchar por la justicia y la vida de nuestra casa común. Defender la identidad de esta red se convierte en desafío permanente para seguir caminando juntos, por el camino sinodal de un pueblo que camina unido, con un horizonte común y movidos por un mismo espíritu.

Comunión e integración

Otro desafío será fortalecer la comunión e integración como Iglesia a nuestras Conferencias Episcopales de nuestros países amazónicos en una causa común.

En ese espacio teológico, que es cuidar la creación de Dios, donde nuestras preocupaciones como Iglesia va más allá de las ideas y buenos deseos.

Para apostar por abrir nuevos caminos de evangelización y construir una pastoral de conjunto en la que la naciente institución CEAMA (Conferencia Eclesial de la Amazonia), fruto de nuestro Sínodo Amazónico, hermana eclesial con la que haremos camino compartido para responder a los desafíos pastorales de nuestras jóvenes comunidades que necesitan la vida en plenitud.

Seguir soñando juntos. Otro desafío será seguir soñando, como nos pide nuestro Papa Francisco en su exhortación de *Querida Amazonia*. Soñar juntos con una Iglesia con rostro amazónica, inculturada y encarnada. Soñar con una Iglesia donde los pobres sean escuchados en sus justos reclamos. Soñar con

una ecología integral vivida como respuesta urgente para el equilibrio climático.

Devolver a las comunidades, en sus territorios, la riqueza del Documento Final del Sínodo Amazónico y la exhortación del Papa “Querida Amazonia”.

Protagonismo de las mujeres. No podemos olvidar el protagonismo de las mujeres líderes en nuestra Amazonia, a nivel social y a nivel pastoral en la Iglesia. Agradecer la vicepresidencia de las mujeres en nuestra REPAM y continuar fortaleciendo y valorando su servicio eclesial, que con su creatividad e intuición cooperan en la renovación de una Iglesia más misionera, fraterna y sinodal.

En sinodalidad

La Iglesia Católica, convocada por el Papa Francisco, se prepara para un acontecimiento trascendental para la vida de la Iglesia como pueblo de Dios: un Sínodo sobre la Sinodalidad. La REPAM, en el Sínodo Amazónico, ha sido y es ejemplo y referente de una metodología sinodal.

Seguiremos colaborando y sembrando para cosechar los frutos que Dios desea. Guiados por el Espíritu y siendo dóciles a su inspiración, seamos eficaz instrumento eclesial. Todo ello acompañado de una mística y espiritualidad, donde se sustente nuestro trabajo. Que María, Reina de la Amazonia, como Madre, nos acompañe en nuestro caminar en esta nueva etapa que iniciamos con el Plan pastoral de la REPAM 2022-2024. Muchas gracias a todos los hermanos y hermanas, hijos de un mismo Padre común que nos ama y quiere que, como pueblo de Dios, seamos testigos de su amor a la creación.